



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El virreinato del Perú en los ojos de Humboldt (1802): una visión crítica de la realidad social

Autor: Hampe Martínez, Teodoro

Forma sugerida de citar: Hampe, T. (1999). El virreinato del Perú en los ojos de Humboldt (1802): una visión crítica de la realidad social. *Cuadernos Americanos*, 6(78), 52-69.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 78, (noviembre-diciembre de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

El virreinato del Perú en los ojos de Humboldt (1802): una visión crítica de la realidad social*

Por Teodoro HAMPE MARTÍNEZ
Pontificia Universidad Católica del Perú

1. Genio y figura de Alejandro de Humboldt

COMO YA LO DIJERA Antonio Raimondi a finales del siglo XIX, es una verdadera lástima para el Perú que Alejandro de Humboldt no pudiese dedicar sino unos cuantos meses de su famoso viaje americano al estudio de este país. Se halló en suelo peruano desde agosto hasta diciembre de 1802, recorriendo una parte de la selva en la cuenca del Marañón, así como las provincias serranas del norte y virtualmente todo el litoral hasta la ciudad de Lima (cf. Petersen 1960: 104-122; Minguet 1969: 170-175). Si bien es cierto que el naturalista berlinés dejó un monumental conjunto de obras impresas, no consagró ningún tratado particular a su expedición al Perú, dejándonos así sin huellas de su tránsito tan luminosas como en otras partes del Nuevo Mundo: Venezuela, Cuba o México. Noticias dispersas acerca del paisaje, de la flora, la fauna y la gente peruana aparecen en publicaciones suyas como los *Cuadros de la naturaleza* (1808), las *Vistas de las cordilleras* (1810-1813) y en los cinco volúmenes del *Cosmos* (1845-1862), o ensayo de una descripción física del mundo.

El viaje a las regiones tropicales y equinocciales del Nuevo Mundo llevado a cabo por el barón de Humboldt y su amigo el médico y botánico francés Aimé Bonpland, desde 1799 hasta 1804, ha sido interpretado como la última manifestación de las ansias de descubrimiento científico de los europeos del siglo XVIII. En un plano más personal, representa también la expresión de un espíritu universal como el de Humboldt (verdadero *Universalgelehrter*, según el término alemán). A los ojos de sus propios contemporáneos, la vastedad de co-

* Conferencia leída en el Ibero-Amerikanisches Institut (Preussischer Kulturbesitz), de Berlín, el 15 de junio de 1999. La realización de este trabajo fue posible gracias al apoyo financiero de la Fundación Alexander von Humboldt, de Bonn, a la cual expreso mi sincero reconocimiento

nocimientos de este personaje era monumental: botánica, geografía, astronomía, biología, química, mineralogía, arqueología, lingüística, economía etc. Debido a su vocación multidisciplinaria, solía trabajar en las zonas limítrofes de variadas ciencias, y en esta virtud se le ha visto como uno de los precursores del rico y fundamental campo de la ecología (Bertaux 1997: 66-67)

Alejandro de Humboldt, amigo de Goethe y Schiller en el ambiente cortesano de Weimar, y riguroso contemporáneo de otras luminarias de la cultura germánica como Beethoven, Hegel y Hölderlin, fue por mucho tiempo denostado en su patria a causa de su talante cosmopolita. Este ciudadano universal, que en cualquier lugar del mundo se sentía como en su casa, hablaba y escribía perfectamente en francés y se desenvolvía con soltura en castellano, en inglés y en latín. No estará demás referir aquí un testimonio de Johann Wolfgang von Goethe, en carta dirigida a su amigo Eckermann, donde leemos:

¡Qué hombre! Hace tanto tiempo que lo conozco y siempre vuelve a producirme asombro. Puede afirmarse que sus conocimientos y saber viviente no tienen igual. Y una multiplicidad como no la he visto nunca. Cualquier punto que se le toque le es familiar, y nos arrolla con sus tesoros espirituales (cit. en Melón 1960: 89).

Humanista de actitud tolerante y ecléctica, explorador de lejanas tierras americanas y asiáticas, amante del detalle y escritor infatigable, Humboldt dejó una obra de más de sesenta volúmenes. Para el caso particular del virreinato del Perú, nos interesa sobre todo su diario — hoy guardado en la Biblioteca Estatal de Berlín—, que contiene las impresiones inmediatas de su recorrido en 1802 y sus anécdotas personales (cf. Faak 1982 y 1986-1990). Es una fuente elaborada “no de manera sistemática, sino con un cierto desorden propio del que no quiere dejar pasar ninguna experiencia o sensación, siguiendo el curso de lo que [va] viviendo día a día”, conforme ha observado acertadamente Eduardo Orrego Acuña en un artículo reciente (1997: 75).

2. Perfil biográfico antes de su llegada al Perú

PONGAMOS unas breves notas sobre la vida del personaje en su etapa formativa. Nacido en Berlín el 14 de septiembre de 1769, hijo de un oficial de guerra prusiano y de una rica heredera de origen hugonote francés, Federico Guillermo Enrique Alejandro de Humboldt ganó su vocación de naturalista durante la adolescencia, al contacto con amigos e instructores privados. Luego cursó estudios en la Universidad de

Göttingen y pasó más tarde a la escuela de minas de Freiberg, en Sajonia, donde se especializó en la investigación de flora subterránea y de fisiología vegetal (cf. Zúñiga 1975: I, 25ss). Su primer empleo de importancia fue como director de minas (*Oberberggrat*) en la región de Franconia, pero decidió renunciar a esta función en 1797 para gozar la fortuna heredada de su madre, viajando en pos de tierras remotas. Fue entonces que se trasladó a París, escenario de los sangrientos acontecimientos de la Revolución Francesa y al mismo tiempo capital científica de Europa, como lugar de trabajo de Laplace, Desfontaines, Jussieu, Gay-Lussac, Monge y Berthollet, entre otros (Tulard 1990: 13-15).¹

A partir de entonces el barón quedaría íntimamente vinculado a la cultura francesa: escribió la mayoría de sus tratados en la lengua de Molière, publicó en París los treinta volúmenes del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* (1805-1834) y mereció ser admitido en el Instituto de Francia. Tuvo además la suerte de conocer a ese aventurero médico oriundo de La Rochela, Aimé Goujand llamado Bonpland, que se dejó seducir por la idea de emprender un viaje de exploración alrededor del mundo. En primera intención, Humboldt y su compañero quisieron salir con rumbo a Egipto, Arabia, Persia y la India, pero las complicaciones planteadas por las campañas mediterráneas de Napoleón les hicieron desistir de la empresa. Pronto recuperados de este sinsabor, decidieron tomar la ruta de Valencia, Murcia, Castilla y la corte real de Aranjuez, donde lograron la benevolente autorización de Carlos IV —monarca de la casa de Borbón— para hacer un viaje de estudio científico a las posesiones españolas en América (Botting 1981: cap. 6, 52ss).

¿Cuál sería el objetivo y la envergadura de un proyecto de investigación financiado privadamente por un hombre, aunque favorecido con los buenos oficios del rey? La respuesta está dada por Alejandro de Humboldt en una carta al conde Antoine François de Fourcroy, que merece la pena recoger en su original francés:

Un homme privé qui, avec une fortune médiocre, entreprend le voyage autour du monde, doit se borner aux objets d'un intérêt majeur: étudier la formation du globe et des couches qui les composent, analyser l'atmosphère,

¹ La mayor parte de estos investigadores se hallan mencionados en la carta, plena de gratitud y amables recuerdos, que Humboldt escribió desde Lima a Jean-Baptiste-Joseph Delambre, secretario del Instituto de Francia, el 25-x-1802. Dice en una parte muy emotiva: "¡Dulce es saber que uno vive en la memoria de aquellos cuyos trabajos adelantan sin cesar los progresos del espíritu humano!" (cito por la traducción de Núñez y Petrs 1971: 19).

mesurer avec les instruments les plus délicats son élasticité, sa température, son humidité, sa charge électrique et magnétique, observer l'influence du climat sur l'économie animale et végétale, rapprocher en grand la chimie de la physiologie des êtres organisés (carta fecha en Cumaná, 16-x-1800, transcrita en Moheit 1993: 100-101).

Al principio de esa famosa expedición, iniciada con la leva del puerto de La Coruña en la fragata *Pizarro*, el 5 de junio de 1799, la división del trabajo estaba bien organizada. Humboldt se encargaría de realizar el cálculo de las longitudes y el estudio de los minerales, Bonpland tomaría a su cargo la observación de la flora y de la fauna. El alemán sería el redactor, su compañero haría las veces de dibujante (Botting 1981: 184; véase también Löschner 1988: 9-13). Bajo estas premisas se realizará, pues, un viaje altamente productivo en diversos ámbitos, porque a la investigación zoológica, botánica, geológica y astronómica se sumará el testimonio de unos hombres ilustrados sobre los albores de la independencia de la América española.

Y es que ambos visitantes no quedaron al margen de la problemática político-ideológica extendida en todo el hemisferio, que entonces se debatía en reclamos contra el "pacto colonial" y en agitaciones sobre el derecho de los criollos a gobernar su patria. Ya sea en Caracas o La Habana, Bogotá o Quito, Lima o México, Humboldt se relacionó sobre todo con los representantes oficiales de la metrópoli y con elementos de la élite criolla, gente poseedora del control económico y administrativo de dichas tierras. Pero no dejó de considerar con simpatía a la mayoritaria población indígena, lamentando su carácter esencialmente pasivo, y no ignoró tampoco la oprimida situación de los esclavos negros, "piezas de ébano" importadas en virtud del comercio triangular que unía al Nuevo Mundo con Europa y con África (cf. Lynch 1986: 7-24; Tulard 1990: 19-21).

En general, según apunta el profesor Charles Minguet en su magnífica y reconocida obra (1969: 427-428), las civilizaciones indígenas de América sorprendieron a Humboldt por la coexistencia de aspectos contrastantes, que podían entenderse a la vez como bárbaros y civilizados. Nos referimos a la antropofagia y los sacrificios humanos, por un lado, y la hermosura de plantas cultivadas, las grandes obras de arquitectura y el calendario basado en el sistema solar, por el otro. Intelectual de formación netamente clásica, el barón, al exponer los rasgos de cultura más avanzada, emplea comparaciones con elementos notables de la Antigüedad greco-latina; así, por ejemplo, anota la semejanza de las ruinas incaicas de Chulucanas con los vestigios mo-

numerales de Herculano, especialmente en cuanto a la disposición interior de las habitaciones (Vegas Vélez 1991 20-21)

Sin embargo, la obra de Humboldt manifiesta en general una indiferencia hacia la arquitectura colonial de las Indias. Son escasos y casi siempre desfavorables los comentarios que dedica a los edificios — iglesias, conventos, casas, oficinas — levantados en las principales capitales, generalmente en un estilo imitativo o dependiente del barroco tardío. Es lástima que recintos urbanos tan notables como la ciudad de México, Quito o Lima no hayan merecido atención suficiente de su pluma, interesada ante todo por los fenómenos de la naturaleza y por la arquitectura simple, utilitaria. Este hecho se puede explicar más bien porque Alejandro era un hombre esencialmente racionalista y de gusto neoclásico (Minguet 1969 631)

3. El Perú y Lima en los reportes de viaje de Humboldt

DESPUÉS de haber recorrido intensamente las costas de Venezuela y la cuenca del Orinoco, la isla de Cuba y los espacios cordilleranos de Nueva Granada y Quito, Humboldt entró al territorio perteneciente a la Audiencia de Lima el 2 de agosto de 1802, tocando primero el pueblo de Ayabaca, en la sierra del actual departamento de Piura (Miró Quesada 1966. 253) Según cuenta en su minucioso relato del viaje americano, el propósito original de su venida al Perú era unirse a la expedición francesa de circunnavegación que dirigía Nicolas Baudin y que en 1800 había realizado importantes descubrimientos en los mares del sudeste de Asia y en el Pacífico sur. Sin embargo, Baudin decidió finalmente cambiar su ruta, motivo por el cual no hubo oportunidad de que se encontrara con el barón en las costas de América (cf. Orrego Acuña 1997 69).

Humboldt, fascinado vivamente por los lugares remotos y exóticos, había abrigado la ilusión de empalmar con las islas de Polinesia y aun con las Filipinas. Si bien no logró materializar este deseo, se dio en tierras peruanas el gusto de admirar por primera vez el océano Pacífico o Mar del Sur —en las cercanías de Trujillo— y de observar el paso de Mercurio por el disco del Sol. Además, aprovechó su viaje para hacer estudios sobre los orígenes del río Amazonas, la cordillera de los Andes, la flora y la fauna, los vestigios monumentales del tiempo prehispánico y la realidad social contemporánea del virreinato (cf. Lohmann Villena 1960, Porras Barrenechea 1969. xlv) Junto con las características físicas y geográficas del territorio, pudo profundizar en el ámbito histórico y en los aspectos político, económico y social, de-

jando con sus apreciaciones un cuadro detallado de la vida peruana a comienzos del siglo XIX.

Interesante hecho es que Humboldt coloca sus informaciones acerca de monumentos y fenómenos de la naturaleza en comparación con los reportes previos de otros viajeros que habían estado en el Perú unos sesenta o setenta años antes que él: las obras de Amedée Frézier, Charles-Marie de La Condamine, Jorge Juan y Antonio de Ulloa formaban parte del bagaje del sabio alemán (Minguet 1969: 426). Se ha dicho que, junto con La Condamine —miembro de la expedición organizada desde París en 1736 para establecer la figura exacta de la Tierra—, Humboldt merece ser honrado como el pionero de las expediciones al interior del continente americano. Con ellos se inicia la descripción de los caracteres geológicos, se funda la geografía física y ganan en profundidad la climatología, la geomorfología y la investigación botánica. Para realizar dicha tarea, su método básico era el empirismo razonado (cf. Botting 1981: 187, Duviols y Minguet 1994: 120-127).

De las varias fuentes que hoy tenemos a la mano, hay que destacar el diario de Humboldt en su viaje al Perú, que editó por primera vez en castellano el difunto Manuel Vegas Vélez (1991), investigador de la ecología marina. En las páginas de este diario se refiere el barón con toda admiración, por ejemplo, a la energía e ingeniosidad de los indios de las montañas, capaces de sobrevivir pese a los embates de la naturaleza (pp. 39, 40), y otorga su debida importancia a los logros de las civilizaciones preincaicas (p. 20). También examina la rica historia y cultura del Tahuantinsuyu, aunque señalando de manera crítica algunas características del gobierno de los incas (pp. 24, 75) y haciendo comentarios sobre el tipo de ordenamiento común a la administración y la arquitectura que desarrollaron los soberanos quechuas (pp. 73, 74). Además, describe con fascinación los restos del palacio habitado por Atahualpa en el pueblo de Cajamarca, donde llegó a conocer a sus empobrecidos descendientes (pp. 53-57), pasa revista a los tesoros dejados por esa afamada civilización, apunta la veneración guardada todavía a los monarcas del viejo imperio (pp. 57-59) y asienta positivamente el valor material que tenían las *huacas* como repositorios de tesoros y ofrendas (pp. 68, 69).

En el fondo, Alejandro de Humboldt guardaba una postura crítica frente a la civilización incaica, a la cual calificaba de “triste y sombría”. Decía que había entrabado el desarrollo de las facultades intelectuales, estrechado las ideas y deprimido el carácter de las gentes, reduciendo los súbditos del Tahuantinsuyu a la condición de máquinas obedientes.

y resignadas (cf. Riva-Aguero 1971: 140). Sobre la arquitectura de dicho pueblo apunta, sintéticamente, que lo más importante no era ni la concepción del diseño ni los elementos decorativos, sino la perfección técnica de la construcción. Los antiguos peruanos eran maestros en el arte de cortar la piedra y ensamblar los grandes bloques resultantes, tal como lo demuestran las edificaciones de tipo rectangular, poligonal y ciclópeo de la ciudad del Cuzco y alrededores. Sin que sea posible hablar de formas verdaderamente elegantes —por lo menos de acuerdo al gusto neoclásico de Humboldt— lo que distinguía aquella arquitectura era la simplicidad, la simetría y la solidez de sus composiciones (Minguet 1969: 429-431, Porras Barrenechea 1969: xlv-xlvi).

Por otra parte, el diario de viaje no deja de enjuiciar severamente la administración de los virreyes del Perú (p. 29). Observa, en concreto, el abandono en que se hallaban sumidas las provincias de la vertiente oriental de los Andes (pp. 29, 31), y sobre todo el corregimiento limítrofe de Jaén de Bracamoros, perjudicado a raíz de las nuevas demarcaciones trazadas en el siglo XVIII entre las Audiencias de Lima y Quito (pp. 30, 35, 37).² Asimismo, contiene una meditada evaluación de la realidad y perspectivas económicas de las minas de Hualgayoc, yacimiento de plata en la sierra de Cajamarca (pp. 48-49). Más adelante, Humboldt rememora la emoción que él y sus compañeros sintieron al contemplar por vez primera el océano Pacífico:

Después de haber regresado de los calores de la Magdalena a la zona helada de la alta cordillera en Huangamarca, después de haber subido durante 23 horas una muralla de rocas de cerca de 700 toesas [unos 1 365 metros] de altura, descubrimos desde lo alto de los Andes, el Mar del Sur. Era la primera vez que se presentaba claramente a nuestros ojos. Desde el páramo de Guamaní no habíamos hecho sino sospecharlo. A menudo creíamos percibirlo. Era esta esperanza que nos animaba en las penosas subidas que hicimos diariamente en esta última travesía de la cordillera de los Andes (Vélez 1991: 60-61).

En diversos pasajes del citado testimonio, Alejandro observa los rasgos peculiares de los valles que animan de trecho en trecho la desértica costa del Perú (pp. 19, 63, 67, 71, 86). Desde el punto de vista tecnológico, y por sus hondas repercusiones sobre el imaginario colectivo de la posteridad, son interesantes los apuntes que consagra a la co-

² Respecto a la situación de los límites jurisdiccionales entre Lima y Quito antes de la real cédula de 1802 (que agregó a Lima la comandancia general de Maynas), véanse Espinoza Soriano 1994 y Denege Luna 1996: cap. 2, 23-32.

riente fría del Pacífico (pp 90-91), lo mismo se puede decir de su descripción del pasaje de Mercurio sobre el disco solar, el 9 de noviembre de 1802, extraordinario fenómeno astronómico que no causó sin embargo mayor revuelo entre sus contertulios limeños (pp 82-83)³

El barón de Humboldt permaneció en Lima, la capital del virreinato, desde el 23 de octubre hasta el 24 de diciembre de 1802, tras haber venido en un incómodo viaje por litera a lo largo de la costa. Poco le impresionó ese recorrido por grandes tramos de arenal, sin verdor, sin árboles y sin lluvias. No había desde luego punto de comparación —como él mismo declara— con los exuberantes paisajes de la cuenca del Marañón y de las montañas andinas, ni tampoco con la frondosa vegetación de las costas del Guayas, que conocería poco más adelante (véase la carta de Humboldt a Delambre, de 25-xi-1802, en Moheit 1993: 199-206). Además, el noble prusiano venía a la ciudad de Lima con una serie de imágenes preconcebidas, favorables retratos de esta metrópoli que se habían difundido en Europa desde la llegada de los grandes caudales de oro y plata en el siglo xvi (cf. Orrego Acuña 1997: 73).

El caso de la Ciudad de los Reyes —nombre oficial de Lima— resulta excepcional frente al tratamiento que Humboldt solía brindar a las poblaciones que visitaba, pues no se encuentra una descripción en regla de sus cualidades físicas y urbanas, sino un par de cartas privadas en las que acumula una retahíla de impresiones desfavorables (Lotz 1970: 264). Entre las feroces críticas que dedica a la sociedad limeña, hay que consignar sus apuntes sobre el desagradable aspecto de las damas, quienes salían de paseo con unas raíces de planta en la boca: “Se cree al comienzo que es un hueso —apunta—; es la raíz de *Sida fruticosa* que se vende a este efecto en el Paseo. Ellas la chupan y dicen que conserva los dientes. Es un espectáculo horrible” (Vegas Vélez 1991: 78).

Pero el testimonio más conocido y frecuentemente citado está en la carta que dirigió desde Guayaquil, el 18 de enero de 1803, a su amigo don Ignacio Checa, gobernador de Jaén de Bracamoros. Contiene, entre otros, los siguientes términos:

³ En una comunicación personal a mí fechada el 22-iv-1998, Leopoldo Chiappo, de la Universidad Peruana Cayetano Heredia (Lima), enfatiza la irresponsable conducta de tres marinos españoles, amigos de Humboldt, llamados Tomás Ugarte, José Ignacio Colmenares y Mariano Isasbiribil, que a último momento desistieron de ayudarlo con los instrumentos necesarios para observar el paso de Mercurio (cf. al respecto Petersen 1969: 8).

Nuestra estadía en Lima ha sido de algo más de dos meses, y demasiado para conocer un lugar que no tiene otra diferencia con Trujillo que la de más gente y más fachenda. En Europa nos pintan a Lima como una ciudad de lujo, magnificencia, hermosura del sexo... Nada de todo eso he visto, aunque es cierto también que esta capital ha decaído con el aumento de Buenos Aires, Santiago de Chile y Arequipa. No es comparable en cuanto a trato y cultura social con La Habana, a lo más con Caracas. En esta última ciudad, donde la agricultura se ha tomado por ausencia o falta de minas, hay familias de treinta y cinco y cuarenta mil pesos de renta. Hoy en Lima nadie llega a treinta mil, y poquísimos a doce mil.

No he visto ni casas muy adornadas ni señoras vestidas con demasiado lujo, y sé que las más familias están arruinadas todas. El secreto está en la confusión de la economía y en el juego. A excepción de la Comedia, que no se puede aguantar y poco se frecuenta, [y] de una Plaza de Toros que es muy linda, no se conocen diversiones públicas. En el Paseo, muchas veces no se encuentra trescalesas. En la noche, la inmundicia de las calles adornadas de perros y burros muertos, y la desigualdad del piso, impiden el correr en coche. El juego y la desunión de las familias [...] disturban toda reunión social. En todo Lima no hay tertulia en donde se junten más de ocho personas: si el interés del juego las reúne, como ahora en casa de Gainza o del marqués de Medina, esta unión aparente no dura más que hasta que se ha perdido el monte o la béciga.

Con eso, la suma aridez y la esterilidad del campo, la idea de estar metido en el desierto que va hasta Chancay y Pisco, inspira sentimientos melancólicos, particularmente en un hombre como yo que, sensible a la hermosura de la naturaleza, prefiere el páramo de Saraguro y Tomepanda a las casas de naípe que componen la gran capital del Perú. Aunque Lima sería el último lugar de América en el cual quisiera vivir, no he dejado de pasar un tiempo agradable allí. Con recibir y pagar las visitas de toda la ciudad se va el tiempo..

Un caso muy triste que explica el estilo de gobierno, presenta [sic] la reflexión presente. En Lima mismo no he aprendido nada del Perú. Allí nunca se trata de algún objeto relativo a la felicidad pública del reino. Lima está más separada del Perú que Londres, y aunque en ninguna parte de la América española se peca por demasiado patriotismo, no conozco otra en la cual este sentimiento sea más apagado. Un egoísmo frío gobierna a todos, y lo que no sufre uno mismo, no da cuidado al otro (Núñez y Petersen 1971: 197-198).

4. ¿Por qué esa imagen tan sombría de la capital?

SABEMOS que Alejandro de Humboldt, quien por entonces contaba treinta y tres años de edad, tomó alojamiento en Lima junto al convento de San Juan de Dios (lo que vendría a ser en la Plaza San Martín de la actualidad). Durante los dos meses de su estancia en la metrópoli del

Rímac, frecuentó al virrey don Gabriel de Avilés y a otras connotadas figuras de la sociedad limeña, tuvo acceso al *Mercurio Peruano* que habían editado los ilustrados criollos de la Sociedad de Amantes del País, y manejó una serie de crónicas y libros relativos a la historia peruana (Núñez y Petersen 1971: 16-17); al mismo tiempo, se ocupó de recabar informaciones sobre geografía, cartografía, botánica, minería y otros dominios de las ciencias naturales.⁴ En este último contexto hay que situar, por cierto, sus esfuerzos para la localización exacta de Lima y el puerto del Callao, sus propuestas para corregir algunos mapas antiguos y sus contactos con el barón Timoteo de Nordenflycht, científico al servicio de la corte real de Polonia, quien había venido como director general de una comisión mineralógica al Perú (cf. Helmer 1993: 314, 317).

Nuestro personaje se relacionó, pues, con aquellos miembros de la élite virreinal más abiertos a las nuevas ideas de la Ilustración y al racionalismo empirista. Tuvo contacto con el fraile jerónimo Diego Cisneros, uno de los principales impulsores del *Mercurio Peruano*, a quien calificó de “hombre de mucho talento y de un patriotismo poco común”.⁵ También debió de tratar al respetado médico y escritor Hipólito Unanue, el hombre “más sabio y amable” de la sociedad capitalina, y de quien consta que leía —con anuencia oficial— obras de autores franceses prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición (Clément 1997: 33-34; respecto de sus lecturas, véase Guibovich Pérez 1988). Algunos investigadores habían creído que el barón prusiano confundía con Unanue al matemático criollo Santiago de Urquizu, un modesto funcionario de hacienda, que ejercía el cargo de *balanzario* en la Casa de Moneda de Lima; pero Aurelio Miró Quesada (1966: 261-265) se encargó de demostrar que dicho personaje, citado más de una vez por Humboldt, de veras existió y tuvo una posición de relieve entre el vecindario culto de la capital.

Ya varias décadas atrás, José de la Riva-Agüero había reconstruido con minucia las amistades y vinculaciones desarrolladas por nuestro visitante durante su estada en Lima. Evocaba que llegó recomendado

⁴ Lotz (1970: 278ss.) ha remarcado el contacto personal que tuvo con el padre Narciso Girbal, misionero franciscano que brindó noticia a Humboldt de unos curiosos cuadernos que poseían los indios panos de la región del Ucayali. Estos cuadernos estaban formados de hojas de algodón con caracteres peculiares, a la manera de jeroglifos

⁵ Es sabido que Humboldt, lleno de admiración por el *Mercurio Peruano*, recogió y despachó una colección completa de este periódico a su amigo Goethe en la corte ducal de Weimar. Aquí se preparó inclusive una traducción selecta del *Mercurio* al alemán, que salió impresa en 1807-1808 en dos tomos, bajo el cuidado de Friedrich Johann Justin Bertuch (véanse Núñez 1936; Clément 1997: 269-270).

directamente por el virrey de la Nueva Granada, don Pedro Mendinueta, y en esta condición visitó con asiduidad al regente de la Audiencia limeña, don Manuel Antonio de Arredondo (Riva-Agüero 1971 134-135, véase también Núñez y Petersen 1971 179) Hay que recordar que, según el censo levantado en 1792 por orden del virrey Gil de Taboada, la población de la ciudad de Lima llegaba a 52 600 habitantes Y no perdamos de vista que Humboldt, portador del ideario de las Luces y testigo de los hechos violentos de la Revolución Francesa, que venía imbuido de un espíritu renovador en la política, tomo contacto con las colonias españolas de América en vísperas de su proceso de emancipación

Así es como se explica la curiosidad que manifestó por el levantamiento del cacique cuzqueño José Gabriel Tupac Amaru, practicando un análisis de los factores personales e ideológicos que se hallaban detrás de la gran rebelión andina de 1780. Su entendimiento de que las motivaciones del cacique “no estuvieron de ninguna manera ligadas a los movimientos que habían surgido en las colonias inglesas por el progreso de la civilización y el deseo de un gobierno libre”, le hizo finalmente tomar distancia frente a dicho suceso (Orrego Acuña 1997: 70-72).

El sombrío panorama trazado por el barón de Humboldt en su carta —arriba citada— al gobernador don Ignacio Checa provocó la indignación de Ricardo Palma cuando en 1906 dio a publicidad dicha misiva, como primicia, en la revista *El Ateneo* de Lima ⁶ Desde esa oportunidad, los analistas han tratado de explicar el severo enjuiciamiento del científico berlinés en función de variadas consideraciones. Se ha hablado de resentimientos de índole personal y de los efectos notables de la crisis económica en el virreinato (Lohmann Villena 1960: 74-75) Por su parte, Charles Minguet ha invocado la influencia nociva de la literatura de viajes americanista, que desde el siglo xvi había contribuido a difundir en Europa una imagen exagerada de la Ciudad de los Reyes: población suntuosa, de activa vida mundana, con palacios magníficos, ajuar doméstico de lujo y mujeres de increíble belleza (Minguet 1969 629-630)

ada de eso halló en 1802 el expedicionario alemán —acompañado de sus amigos Aimé Bonpland y Carlos Montúfar—⁷, sino más

⁶ Palma (1906 116) explicaba que había sacado una copia “del original que existe en poder de un caballero vecino de Piura” Hoy el manuscrito original se conserva en el American Museum of Natural History, de Nueva York, según la información que ofrece Moheit 1993 217

⁷ Desde su paso por el Ecuador los expedicionarios venían en compañía de Carlos Montúfar y Larrea, hijo del segundo marqués de Selva Alegre, quien pertenecía a lo

bien una población languideciente, viciosa en demasía, con familias materialmente arruinadas y destruidas por deplorables inquinas. Además, su impresión resultaría afectada por la humedad propia de Lima y por la molesta garúa de los meses de invierno (y aun de primavera). En un naturalista auténtico como Humboldt, está claro que el clima ejercía poderosa influencia sobre el espíritu y las ganas de vivir.

Si bien se pueden aceptar algunos de los puntos críticos que contiene su observación epistolar de 1803, es evidente que dicha visión negativa de la capital del virreinato exageraba las tintas. ¿Qué clase de inconvenientes sufridos en este lugar pudieron condicionar tamaña opinión? Acaso tengan que ver —además de lo ya expresado— ciertos problemas de coordinación en el itinerario de Humboldt, como la imposibilidad de topar con la expedición de Baudin o la dificultad de trasladarse al opulento virreinato de México por falta de embarcaciones disponibles. Quizá, según postulan Estuardo Núñez y Georg Petersen (1971: 19), pesaba también el deseo de acentuar los vicios del “país oficial” frente a las bondades de la naturaleza y del rico *hinterland* peruano, que era la parte del territorio menos atendida por los gobernantes.

Con todo, es cierto que el virreinato del Perú entraba al siglo XIX en una condición desventajosa por varias razones. El reglamento del libre comercio, promulgado en 1778, había terminado con los antiguos privilegios de Lima como eje de la distribución regional, y la producción minera en el codiciado rubro de la plata había descendido considerablemente. O podemos negar que los historiadores han cuestionado en los últimos lustros el efecto negativo de una y otra situación, pero tampoco se puede dudar de que la mentalidad colectiva de la época tendía a reforzar la sensación de desastre, de decaimiento, en especial luego de los recortes territoriales aplicados por los Borbones al virreinato peruano. La desmembración de las provincias andinas del sur, incluyendo la meseta del Collao, la poblada zona de Charcas y el asiento minero de Potosí, habían intensificado la decadencia (cf. Lohmann Villena 1960: 68-69; Riva-Agüero 1971: 137).⁸

más rancio y mejor instruido de la aristocracia quiteña. Sobre los entronques familiares de este individuo, sus bienes patrimoniales y su decisiva participación en la lucha por la emancipación política de Quito, véase Büschges 1996: 228-235, 267-269 y 281-283.

⁸ A propósito, el mismo barón de Humboldt expresaba su discrepancia con la antinatural secesión del Bajo y el Alto Perú. Varios años después de su recorrido por estas tierras escribía: “Se ha sujetado a un gobierno que reside en las orillas del Plata [Buenos Aires] provincias cuyas aguas corren al Amazonas y el sistema de ríos que van hacia las cadenas de Porco y del Cuzco. A pesar de estas divisiones arbitrarias, los recuerdos de los indios de Oruro, La Paz y Charcas se dirigen a menudo hacia el Cuzco, centro de la antigua grandeza del Imperio incaico” (texto de 1823, cit. en Lohmann Villena 1960: 70-71).

En este punto, será pertinente recoger las sabias observaciones de sir John H. Elliott (1989: caps 10 y 11), quien ha llamado a revisar los alcances de la llamada "declinación" de España en la primera mitad del siglo xvii. Nadie podrá discutir, desde luego, la existencia de una contracción productiva, de un estancamiento comercial y de un descenso en el ritmo poblacional en aquella coyuntura, pero también es verdad que los fríos indicadores estadísticos necesitan ser mejor contrastados y relativizados. De un lado, la Península ibérica no fue la única región europea afectada por ese tipo de crisis y, además, no todas las comarcas o reinos al interior de la Península sufrían el mismo nivel de regresión, habiendo sido la meseta de Castilla la zona más afectada. Entonces, si se complementan los datos del ámbito socioeconómico con el trasfondo de las mentalidades colectivas, se percibirá que el problema de la "declinación" deriva en parte de un concepto imaginado y sentido desde tiempo atrás, como si estuviera arraigado en el espíritu de los arbitristas, moralistas y literatos, que se habían lanzado a denunciar las lacras de la expansión española a ultramar. Por lo tanto, el fenómeno de la crisis no se reduce simplemente al ámbito material, sino que está reforzado por un conjunto de ideas, sensaciones, reflejos de la colectividad (sobre el papel general de las actitudes y el inconsciente colectivo, cf. Vovelle 1982: 83ss).

Ahora bien, ¿no sería correcto trasladar la situación de la España de los Austrias menores al virreinato del Perú en tiempos de las reformas borbónicas? La voceada regresión o decadencia del país debió de hallarse influida, sin duda, por la desmembración de territorios de notable rendimiento productivo, los cuales pasaron a integrar (desde 1739) los nuevos virreinos de Santa Fe y de Buenos Aires. Pero esa carencia de medios o ingresos era bastante relativa, en la medida en que se juzgaba de acuerdo con las condiciones existentes en una fase de distinto ordenamiento gubernativo.

Modernas indagaciones en torno al desarrollo de la producción, del comercio y de las finanzas, orientadas a discutir las repercusiones del sistema de comercio libre, han cuestionado la imagen tradicional del derrumbe de los sectores burgueses y aristocráticos de Lima.⁹ Por ejemplo, el documentado estudio de Cristina Ana Mazzeo (1994:

⁹ "De hecho, contamos para fines del xviii con algunas referencias que indican que sí hubo fortunas mayores a las sospechadas", expresa claramente Paul Rizo-Patrón (1990: 148). En la opinión de este investigador, a pesar de los problemas que se atravesaron al nivel administrativo, en el virreinato del Perú siguió existiendo capacidad para acumular fortunas a lo largo de dicha centena, tal como se manifiesta en los datos sobre el consumo suntuoso de la nobleza

230-235) manifiesta que después del reordenamiento institucional aplicado por los ministros de Carlos III *no* hubo un notorio deterioro en la élite mercantil limeña. Lo que sucedió, más bien, fue una recomposición al interior de la cúpula dirigente, en virtud de la cual dinámicos sectores de inmigrantes—vascos y navarros, especialmente— se lanzaron a nuevas actividades, como la exportación de productos no tradicionales (cacao, cobre, cascarilla), la importación de esclavos negros y el manejo de crédito a gran escala. Por este efecto quedaría limitada la imagen de una crisis económica severa, que parece flotar en los escritos de criollos y mestizos desde 1750 en adelante, como un añorante recuerdo de las pasadas grandezas del Perú (véase, a modo de ilustración, Peralta Ruiz 1996)

Así, pues, ¿no sería que Alejandro de Humboldt, habiendo poco tiempo para estudiar a fondo la cuestión, se dejara llevar más bien por la primera impresión personal o por las declaraciones de sus pesimistas contertulios en Lima? El asunto queda abierto al debate y a ulteriores indagaciones.¹⁰

5. *Humboldt: naturalista, cosmopolita y visionario*

El barón se embarcó en el Callao el día de Navidad, 25 de diciembre de 1802, partiendo hacia el norte a bordo de la fragata real *Castor*, comandada por el teniente José Moraleda. Se detuvo en el puerto de Guayaquil por algunas semanas, tiempo en el cual alcanzó a oír los ruidos de la gran erupción del Cotopaxi (Riva-Aguero 1971: 134). Luego siguió su ruta hacia Acapulco, continuó por tierra explorando las ruinas de la civilización náhuatl en el valle de México, donde recogió profusa información para sus obras. Y de allí se encaminó a los Estados Unidos, siendo recibido por el presidente Thomas Jefferson, a quien manifestó su franca simpatía por el modelo de independencia política y gobierno democrático que había sentado su nación.

Finalmente, en agosto de 1804 regresó al Viejo Mundo para reunirse con sus amigos y colegas franceses en la querida ciudad de

¹⁰ José de la Riva-Agüero mostraba una curiosa sintonía con las opiniones pesimistas de Humboldt sobre el carácter nacional de los peruanos, en especial del estamento superior criollo. Dejadéz, desidia, frivolidad y egoísmo eran rasgos que el polígrafo limeño veía aún reflejados en sus compatriotas del siglo xx, por lo cual adoptaba esas críticas de la mejor gana (cf. Riva-Agüero 1971: 142). Algo parecido ocurre con Guillermo Lohmann Villena, quien alaba del naturalista berlinés: “Sus penetrantes impresiones de orden sociológico sobre el país, que acreditan su perspicacia y el sincero cariño con que en su rápida visita logró compenetrarse con el ambiente y la realidad humana, social, geográfica e histórica de lo que se desarrollaba ante sus ojos” (Lohmann Villena 1960: 50).

Paris. Dejando a salvo un breve pero triunfal retorno a Berlín (donde fue recibido con todos los honores por el rey Federico Guillermo III y la Academia de Ciencias), Humboldt se instaló durante los años siguientes a las orillas del Sena. En la capital francesa, auxiliado por Aimé Bonpland y un selecto grupo de colaboradores, inició enseguida la tarea de componer un detallado reporte de su expedición ultramarina. Se trata obviamente del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, que llegó a constar de treinta volúmenes, incluyendo monografías de plantas diversas, atlas geográficos y físicos, relatos históricos y ensayos políticos (Botting 1981: 183-184). A pesar de esta monumental contribución, nuestro personaje comentaba con toda modestia sobre la imperfección de su trabajo

Inquiet, agité et ne jouissant jamais de ce que j'ai achevé, je ne suis heureux qu'en entreprenant du nouveau et en faisant trois choses à la fois. C'est dans cet esprit d'inquiétude morale, suite d'une vie nomade, que l'on doit chercher les causes principales de la grande imperfection de mes ouvrages. J'aurai été plus utile par les choses et les faits que j'ai rapportés, par les idées que j'ai fait naître dans d'autres, que par les ouvrages que j'ai publiés moi-même (cit. en Tulard 1990: 25).

Viendo esa misma obra desde una perspectiva más serena, el filósofo Miguel Giusti ha postulado en un ensayo reciente que el amor de Humboldt por la naturaleza posee tres dimensiones: estética, moral y científica. El barón contemplaba gozosamente la armonía, equilibrio y belleza de los objetos que le rodeaban, los concebía como fuente autónoma de vitalidad. Aunque sentía respeto y admiración hacia el entorno natural, no podía resistir a la tentación de penetrar en sus secretos más recónditos, por lo cual se dedicó a “estudiar, analizar, clasificar, describir, dibujar, capturar en redes conceptuales la infinita variedad de especies o de fenómenos que pueblan y conforman el universo” (Giusti 1997: 74-75).

En tiempos como los nuestros, de incertidumbre sobre las consecuencias ecológicas del llamado “progreso”, el positivo ejemplo de Humboldt —nutrido a la vez de la renovación científica de la Ilustración y del espíritu soñador del romanticismo— debe servirnos como guía y como ejemplo. El 6 de mayo de 1859, a los 89 años de edad, moría Federico Guillermo Enrique Alejandro de Humboldt en su casa de la Oranienburger Strasse, en el centro de Berlín (Beck 1961: 237). Fue enterrado junto a su hermano Guillermo, ilustre filólogo y diplomá-

tico, en el parque del castillo familiar de Tegel, un suburbio de dicha capital

El nombre del “segundo descubridor” de América perdura en decenas de especies minerales, animales y vegetales, y también en numerosos colegios, poblaciones, montañas, bahías y reservorios esparcidos a lo largo del hemisferio occidental. En la Luna existe el llamado Mar de Humboldt y en el Perú —un país que el barón amó pero quizá no comprendió cabalmente— todos los estudiantes conocen, desde los más tiernos años de su educación, la corriente marina de Humboldt, su composición y sus efectos (*cf.* Duviols y Minguet 1994. 137) Todo esto procede sin duda del vigor de sus interpretaciones y constataciones empíricas, siempre atractivas y vigentes, tan raras y seguras en la descripción de los objetos del entorno natural como profundas y densas, casi proféticas, en sus visiones generales sobre la evolución de la humanidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beck, Hanno (1961). *Alexander von Humboldt*, vol. 2: *Vom Reisewerk zum Kosmos*, Wiesbaden, Franz Steiner, xii, 439 págs.
- Bertaux, Pierre (1997). “¿Por qué Alexander von Humboldt?”, en *125 Jahre Deutsche Schule Lima 45 Jahre Colegio Alexander von Humboldt, Festschrift zum Jubiläumsjahr 1997*, Lima, Colegio Peruano-Alemán Alexandervon Humboldt, pp. 65-72.
- Botting, Douglas (1981) *Humboldt y el cosmos. Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, trad. de Manuel Crespo, Barcelona, Serbal, 264 págs.
- Büschges, Christian (1996). *Familie, Ehre und Macht. Konzept und soziale Wirklichkeit des Adels in der Stadt Quito während der späten Kolonialzeit (1765-1822)*, Stuttgart, Franz Steiner, 318 págs. (*Beiträge zur Kolonial- und Überseegeschichte*, 66).
- Clement, Jean-Pierre (1997). *El Mercurio Peruano, 1790-1795*, vol. 1: *Estudio*. Frankfurt am Main, Vervuert: Madrid, Iberoamericana, 307 págs (*Textos y estudios coloniales y de la Independencia*, 2).
- Denegro Luna, Félix (1996). *Perú y Ecuador: apuntes para la historia de una frontera*, Lima, Bolsa de Valores de Lima & Instituto Riva-Aguero, xxiii, 378 págs.
- Duviols, Jean-Paul, y Charles Minguet (1994). *Humboldt, savant-citoyen du monde*, Paris, Gallinard, 144 págs. (*Découvertes Gallimard*. 199).
- Elliott, John H. (1989). *Spain and its world, 1500-1700. Selected essays*, New Haven, Yale University Press, xvi, 295 págs.